

Constantidinis, J. y M. Issidorides, "Faits et hypotheses pour la recherche du substratum histoquímico de la memoire" (J. Arteaga) . . . . .	95
Mendels, J., "Comparative Trial of Nortriptyline and Amitriptyline in 100 Depressed Patients" (A. Córdoba) . . . . .	98
Kramer, M. y R. M. Whitman, "Drugs and Dreams III: The Effects of Imipramine on the Dreams of Depressed Patients" (A. Córdoba) . . . . .	98
Morgan, H. G., "Acute Neuropsychiatric Complications of Chronic Alcoholism" (A. Córdoba) . . . . .	99
Korzeniowski, L., "Sur l'autisme" (H. Serrano) . . . . .	100

## CONCEPTOS Y MÉTODOS DE LA PSICOLOGÍA SOCIAL PSICOANALÍTICA \*

*Erich Fromm y Michael Maccoby*

EL PROBLEMA del carácter del campesino es de la máxima importancia hoy día, cuando la mayoría de los países —con excepción de los altamente industrializados— están pasando de una producción agrícola a una parcial o principalmente industrial, o por lo menos planean hacerlo lo antes posible. Y más aún. La agricultura misma está industrializándose en las sociedades más avanzadas en lo técnico. Por vez primera en miles de años, el arado tirado por hombres o por bestias, en sus formas más o menos avanzadas, está siendo remplazado por el tractor, y el brazo humano por máquinas cosechadoras, recolectoras, etc. El "campesino" se convierte en un "granjero", quien debe valerse de una técnica y unos métodos totalmente distintos de los que en la historia caracterizan a la producción agrícola. No sólo tendrá que usar máquinas complicadas: también deberá aplicar otros métodos de trabajo. Deberá unirse con otros granjeros, sea en forma de cooperativas, sea en forma de adaptación a un plan general, como los que existen en ciertas grandes empresas granjeras, cooperativas, capitalistas o comunistas.

A menudo se cree que las nuevas labores y sistemas de operación —sea en el trabajo industrial o en la agricultura mecanizada— que debe dominar el campesino, sólo dependen de enseñanza y educación, que podrá desempeñarlas adecuadamente si se le da cierta preparación, ciertos conocimientos técnicos, etcétera. Sin embargo, la experiencia demuestra, dondequiera, que el conocimiento técnico no basta para transformar al anticuado campesino en un moderno obrero industrial ni en un granjero moderno. Existe otro importante factor del cual depende que se logre este cambio, y a tal factor no se le ha prestado atención suficiente. Se trata del carácter del campesino. En la mayor parte del mundo, el campesino tradicional es sumamente individualista, conservador, desconfiado y renuente a todo desembolso. Esta actitud corresponde al modo de producción de la agricultura tradicional, pero es incompatible con los requerimientos de un obrero industrial o un granjero industrializado. A fin de obtener éxito, éste tiene que estar abierto a las nuevas ideas, dispuesto a cooperar, ser capaz de hacer planes e inversiones para el futuro y, por lo tanto, no renuente a gastar hoy algo cuyos frutos sólo aumentarán en el futuro. En todos los países en proceso de rápida industrialización se halla una brecha entre las nuevas oportunidades y la capacidad del campesino de adaptar su personalidad para aprovecharlas. Esto puede decirse tanto de la mayoría de los países del bloque soviético como de cierto número de países latinoamericanos. Tal dificultad también existió, por supuesto, para la transformación del

\* Éste es el capítulo inicial del libro *Character and Class in a Mexican Village*, de E. Fromm y M. Maccoby, que se publicará en los Estados Unidos en este año.



campesino de Europa y los Estados Unidos, desde el siglo XIX hasta principios del siglo XX. Sin embargo, esta transformación fue muy lenta si se la compara con la rápida industrialización que hoy está efectuándose y que se espera para el futuro en muchos de los países mencionados.

Un problema caracterológico —el de la motivación— se distingue claramente por el hecho de que uno de los incentivos (la ganancia material), que en el mundo industrial es un método efectivo para mover a la acción, a menudo no da resultado entre los campesinos. En ciertos países socialistas, la experiencia ha demostrado que aun en los casos en que el gobierno proponía medidas que producirían ventajas materiales para el campesino, éste se negaba a acatarlas, pues sus cualidades caracterológicas —desconfianza, terquedad, renuencia a todo cambio, etc.— eran más fuertes que el incentivo de unos ingresos mayores.<sup>1</sup>

A pesar de todo, esta situación ha estado cambiando rápidamente en muchos países predominantemente agrícolas, gracias a que muchas aldeas ya poseen receptores de radio y, cuando menos, algunos receptores de televisión, y, a mayor abundamiento, por el hecho de que, gracias a una mejoría de los transportes, muchos campesinos tienen oportunidad de visitar una gran ciudad. Ello despierta su apetito de los bienes que ofrece la nueva edad industrial. Dejan de conformarse con el tradicional nivel de vida y desean poseer dinero para adquirir bienes de consumo y participar del esplendor de la nueva cultura industrial. Muchos de los campesinos mexicanos alcanzan esta meta, aunque de una manera muy modesta, al irse como braceros (trabajadores de temporada) a los Estados Unidos y volver con relojes de pulso, radios, coches de segunda mano, camisas *sport*, etc. Frecuentemente, los que tienen mayor iniciativa escogen esta solución, y de tal manera la aldea a menudo pierde sus elementos más enérgicos y emprendedores. Pero la solución de una relación simbiótica con una economía y cultura extrañas, desde luego no es la del campesino mexicano en general; a menos que todo su sistema agrícola se vuelva más productivo y le rinda un mayor excedente, sencillamente es incapaz de adquirir los artículos que han despertado su apetito, y sus “crecientes esperanzas” conducen al desengaño y la apatía. Muy a menudo va a la ciudad engañado por la creencia de que por el solo hecho de estar en la ciudad puede participar en la esplendorosa vida que ha visto en la pantalla cinematográfica, sólo para encontrar que sus condiciones de vida no mejoran, y que se ve obligado a vivir la vida de los arrabales. Este dilema tendría una solución parcial mediante un sistema mucho mejor de enseñanza en la aldea, y cursos de preparación industrial en la ciudad. Pero, aun si se mejoraran grandemente la enseñanza y la preparación industrial, seguiría existiendo el obstáculo caracterológico. Son necesarias puntualidad, disciplina, capacidad de planear y de pensar en forma abstracta para aprovechar esas nuevas oportunidades de preparación, caso de que éstas existieran. El resul-

<sup>1</sup> Debe recordarse que unos ingresos más altos como incentivo del que se supone que es eficaz universalmente, tienen esta fuerza motivadora sólo en ciertas sociedades, como la sociedad industrial de Occidente en los últimos siglos. En la sociedad feudal medieval en Europa y en la sociedad feudal preindustrial de México, un ingreso más alto en sí mismo no causa efecto generalmente.

tado es, por una parte, que el número creciente de campesinos impreparados que acuden a la ciudad, no satisfacen la aguda necesidad de obreros especializados, de la industria, ni llenan los requerimientos de la sociedad industrial; y por la otra, que los campesinos que permanecen en la aldea tampoco llenan las condiciones que requeriría un método más avanzado de organización agrícola.

En cuanto se dirige la atención hacia el problema del carácter, como una de las importantes variantes del proceso de transición de la producción agrícola a la industrial, surgen inevitablemente ciertas preguntas. Primera: ¿cuál es el carácter del campesino? Segunda: ¿cuáles son las posibilidades de que cambie este carácter, a fin de encajar en la economía industrial? Tercera: ¿cuáles son las condiciones que facilitarían o dificultarían tal cambio? Aunque estas preguntas aparecen en todas las sociedades agrícolas en transición, los autores, que viven en México, se interesaron particularmente en estudiar la estructura del carácter del campesino mexicano y su capacidad de cambiar. Creemos que una mejor comprensión de la dinámica del carácter del campesino mexicano sería útil para entender mejor el problema campesino en muchas otras sociedades.

Naturalmente, hay una considerable literatura sobre el campesino, escrita desde el punto de vista sociológico o el antropológico, aunque está lejos de ser tan extensa como hubiera podido esperarse considerando lo importante del problema. Pero es el caso de que la mayor parte de esta literatura ha sido escrita con la intención de describir el comportamiento e ideas de los campesinos, y no desde el punto de vista de la psicología profunda. Como ocurre que los autores son psicoanalistas, su enfoque necesariamente no será “conductista”, sino psicoanalítico. Así como el psicoanálisis estudia el carácter de un individuo para analizar la fuerza subyacente que en una forma estructurada constituye su carácter y le impele a actuar, a sentir y pensar de cierta manera, el carácter común de todo el grupo (“carácter social”) puede estudiarse desde el mismo punto de vista dinámico. Para comprender el carácter del campesino es necesario entender las fuerzas psíquicas que lo mueven, su interrelación con las fuerzas sociales, económicas y políticas que moldean el carácter social, el conflicto entre la tradicional estructura del carácter y las cambiantes condiciones externas, y la adaptabilidad de la existente estructura del carácter a nuevas condiciones. Sin embargo, el concepto psicoanalítico del carácter social ofrece dificultades tanto para la mayoría de los psicoanalistas cuanto para la mayoría de los estudiantes de la conducta social. La dificultad para el psicoanalista se halla en el hecho de que está acostumbrado a comprender la formación de la estructura del carácter sobre la base de las primeras experiencias del niño dentro de la familia. Para los freudianos, ésta es, básicamente, cuestión de la influencia de la vida familiar sobre el desarrollo de la libido del niño, y para la mayoría de los no freudianos, aunque presten menor atención al desarrollo psicosexual, la familia sigue siendo el factor decisivo en la formación del carácter. (Los factores constitucionales a los que Freud atribuía considerable importancia, son estudiados por algunos psicoanalistas, pero, en general, han sido bastante descuidados.) Si esta suposición, que los autores están lejos de rechazar o desdeñar, es justa, entonces, ¿cómo



puede considerarse la estructura social como el factor decisivo en la formación del carácter? La respuesta a esta pregunta es relativamente sencilla. El carácter del niño es influido por el carácter de los padres, por el método de crianza infantil, por el método de educación y por el espíritu que permea a toda la sociedad. La familia refleja la estructura psíquica de la sociedad y es, de hecho, el "agente psicológico" de la sociedad, la banda de transmisión que opera entre las necesidades sociales y su internación en el carácter del niño.<sup>2</sup>

La dificultad de explicar su empleo y método al científico conductista es mayor aún. Se trata de la misma dificultad que todo psicoanalista encuentra al estudiar a un individuo en términos psicoanalíticos. Los conceptos de la naturaleza sistemática del carácter, de las energías que corren en ciertas direcciones, de la índole inconsciente de muchas fuerzas motivadoras —para mencionar sólo los puntos de mayor importancia— son difíciles de aceptar para quienes insisten en que un dato psicológico científicamente válido tiene que ser abierto, y poder sujetarse a la inspección de cualquiera, sin recurrir a la interpretación de los datos de la conducta por cuanto a su fundamento inconsciente, que deben ser probados con ese mismo método y precisión que constituyen el ideal científico de la mayoría de los científicos sociales, los cuales tienen de la ciencia una idea bastante anticuada, totalmente distinta del modelo que encontramos en la física teórica, la biología, etc.

En contraste, el método psicoanalítico se aproxima mucho más al más avanzado método de las ciencias naturales. Opera de acuerdo con procesos y probabilidades, y no con el pensamiento lineal de una causa que conduce a un efecto. Se satisface con aclarar fenómenos en el sentido de hacer ciertas suposiciones probables, antes que "demostrar" que son correctas. Sus resultados siempre son preliminares e hipotéticos, y sujetos a revisión por una posterior observación del proceso y un pensamiento teórico más refinado. Resulta inaccesible para quienes insisten en la certeza, pero fascinante para quienes tienen fe en el poder del pensamiento teórico, y se satisfacen con el proceso de una creciente consciencia y esclarecimiento.

A pesar de todo, lo que acabamos de decir no implica que exista una rígida separación entre los científicos conductistas y los psicoanalistas tradicionales, por una parte, y aquella minoría que simpatiza con nuestro punto de vista. Hay, como sabemos por experiencia, un número considerable de estudiantes, tanto de psicoanálisis como de las ciencias de la conducta, que se interesan o están dispuestos a escuchar y comprender los métodos de la psicología social analítica sobre la que se basa este estudio. Para ellos, así como para los lectores que no son científicos sociales, parece necesario hacer una recapitulación del concepto psicoanalítico del carácter individual y del "carácter social".

Indudablemente, una de las mayores contribuciones de Freud fue su concepto del carácter dinámico, tal como había empezado a desarrollarlo en su primer trabajo sobre el carácter anal (1908). El punto esencial de este artículo es que Freud descubrió que ciertos rasgos del carácter, o, en este punto

<sup>2</sup> Cf. E. Fromm, "Über Methode und Aufgabe einer analytischen Sozialpsychologie". *Zeitschrift für Sozialforschung*, vol. I, 1932, Hirschfeld, Leipzig, 1935, p. 35.

acaso debiéramos decir "rasgos de conducta", a saber, terquedad, orden y frugalidad, con la mayor frecuencia se encontraban juntos, como un síndrome de rasgos, y que, además, siempre que existía tal síndrome, podían encontrarse peculiaridades en lo tocante al "arreglo ante el espejo" y a las vicisitudes del control del esfínter y ciertos rasgos de conducta relacionados con los movimientos de los intestinos y las heces. El primer paso de Freud, entonces, fue descubrir un síndrome de rasgos de conducta y relacionarlo con rasgos de conducta relativa a los movimientos del intestino y la eliminación. El paso, brillante y creador, consistió en relacionar estos dos conjuntos de complejos de conducta mediante una consideración teórica basada en anteriores suposiciones acerca del desarrollo de la libido, según los cuales, en cierta temprana fase del desarrollo infantil, después de que la boca ha cesado de ser el órgano principal del placer y la satisfacción, el ano se convierte en una importante zona erógena y la mayoría de los deseos libidinosos se centran alrededor del proceso de la retención y evacuación de los excrementos. Su siguiente conclusión consistió en explicar el síndrome de los rasgos de la conducta como una sublimación o formación reactiva de la satisfacción libidinosa o frustración de la analidad. Se supuso que la terquedad y frugalidad eran la sublimación de la negativa original a abandonar el placer de retener los excrementos; el amor al orden es una formación reactiva contra el deseo original del niño de evacuar cuando él lo desea. En esta teoría, Freud dio una explicación de los rasgos que formaban parte del síndrome anal original, síndrome que después se ampliaría, hasta comprender otros rasgos más.<sup>3</sup> Freud mostró que los tres rasgos originales del síndrome, que hasta entonces no parecían tener relación alguna entre sí, formaban parte de una estructura o sistema, porque todos provienen de las mismas fuentes de la libido anal, que se manifiesta en ellos, sea directamente o por una formación reactiva o por sublimación. De esta manera, Freud pudo explicar por qué estos rasgos están tan cargados de energía y, de hecho, son tan difíciles de cambiar. En principio, se aplicó el mismo procedimiento al estudio del carácter oral receptivo y oral sádico y al concepto del carácter genital. La adición más importante al concepto del carácter anal fue la suposición de que el comportamiento sádico también era parte del síndrome anal.

Lo fructífero de este nuevo concepto dinámico del carácter para el estudio del individuo o del comportamiento social es obvio. Un simple ejemplo aclarará esto. Si una persona es pobre, su conducta puede ser la del que acumula el dinero o la del avaro, es decir, mostrará la mayor aversión a hacer más gastos que los estrictamente necesarios. Desde luego, éste puede ser un rasgo de conducta que responda a las necesidades de la situación real. Una persona pobre se ve forzada a comportarse de esa manera si quiere subsistir. De mejorar su situación económica, su conducta podrá cambiar de acuerdo a ella; no insistirá más en evitar todo gasto que no sea absolutamente necesario. Pero cuando la frugalidad es un rasgo del carácter, existe independientemente de

<sup>3</sup> Los rasgos que después se añadieron al síndrome original son exagerada limpieza y puntualidad; también se les debe considerar como formaciones reactivas a los impulsos anales originales.



las circunstancias económicas de la persona. En tanto que tal persona es pobre, desde luego, se pretenderá explicar su conducta como reacción a su pobreza. Pero si su conducta es un rasgo de carácter, continuará portándose mezquinamente aun si llega a ser rico; de hecho, muchas personas ricas actúan de esta manera sin una razón económica. Por ejemplo, un hombre rico puede pasar gran parte de su tiempo velando porque nunca se pague de más en los portes de correos, o será mezquino en sus propinas o regalos. Más aún, si esta mezquindad es caracterológica, no se limitará al dinero ni a las cosas materiales. El “carácter anal” será mezquino en sus sentimientos, sus expresiones de afecto, a veces aun con sus palabras. En los casos más extremos, tal gente será mezquina aun con su cuerpo y sentirá que no debe hacer demasiado ejercicio, o tener unas relaciones sexuales “innecesarias”, a fin de no perder algo de la fuerza física que posee. Si la mezquindad es una reacción de la conducta a las circunstancias, cambia en otras circunstancias. Si se trata de un rasgo de carácter, es relativamente inmutable por las circunstancias, y colorea la personalidad entera de un individuo en todas sus relaciones con las cosas y las personas.

La importancia del concepto dinámico del carácter también puede verse desde un punto de vista sociobiológico. El hombre es un animal en el cual la determinación instintiva de sus acciones es más débil que en todos los otros animales, y de hecho, apenas existe. Como el animal, el hombre tiene que actuar y tomar decisiones, pero, a diferencia de él, no lo puede hacer automáticamente porque sus instintos no lo precisan a actuar de esta o aquella forma. Si, en cambio, sus decisiones fueran el resultado de una deliberación consciente acerca de la bondad de cada una, no podría subsistir. Muchas decisiones vitales deben tomarse en un espacio de tiempo mucho más breve que el que requeriría cualquier deliberación sobre qué será lo mejor. El carácter, en el sentido dinámico, se convierte en un sustitutivo del instinto. La persona que es lo que Freud llama un carácter anal, “instintivamente” acumulará, evitará los gastos, actuará enérgicamente ante toda amenaza a sus posesiones, etc. No tiene que pensar en ello porque el sistema de energía, tal como se le encuentra en el carácter anal, le hace actuar espontáneamente de cierta manera, sin tener que pensar, a pesar del hecho de que sus acciones no están determinadas por el instinto.

Otra importante función del carácter en el sentido dinámico consiste en que facilita la unificación de los actos de una persona. El carácter anal que tiende a ser avaro, puntual, excesivamente limpio, desconfiado, constantemente a la defensiva, etc., ha edificado un sistema que posee su propia lógica y unificación. No es mezquino hoy y magnánimo mañana, o frío y cerrado hoy y cordial y abierto mañana. En otras palabras, a causa de la naturaleza unificadora de un sistema, se evita la constante fricción entre varias tendencias, que existiría si tal persona hiciese sus elecciones cada vez conscientemente y como resultado de una deliberación. La función de la unificación es importante, porque de otra manera la fricción de las tendencias en conflicto daría por resultado un enorme desperdicio de energía dentro de todo el sistema.

Habiendo señalado la importancia del descubrimiento hecho por Freud del

concepto dinámico del carácter, debemos añadir que, desde luego, este concepto estaba lejos de ser desconocido antes de Freud. Desde Heráclito, quien dijo: “El carácter es el destino del hombre”, hasta el drama griego y shakespeareano, y las novelas de Balzac, encontramos el mismo concepto del carácter: a saber, que el hombre es compelido a actuar de la manera en que actúa, que hay varios sistemas de carácter que conducen a diferentes acciones, y que sólo puede comprenderse la personalidad si se comprende el sistema yacente bajo su conducta. Pero Freud fue el primer científico y psicólogo que profundizó en el concepto del carácter de una manera científica, y que echó las bases para un estudio sistemático de la estructura del carácter. Esto sigue siendo cierto aun si consideramos que algunas de las premisas teóricas de Freud fueron erróneas: la suposición de zonas erógenas que son fuente de energía y causa de la orientación del carácter no es aceptable para nosotros, ni para cierto número de psicoanalistas. El concepto de que la formación del carácter queda definitivamente establecida alrededor de los seis años, y que después no pueden ocurrir ya cambios esenciales, tampoco nos parece confirmado por los hechos. Nosotros afirmaríamos que no ocurrirán cambios posteriormente si no hay circunstancias exteriores o experiencias internas dramáticas que tiendan a influir y modificar todo el sistema del carácter. En otras palabras, la estructura del carácter sólo sigue siendo la misma si las circunstancias en las que se desarrolla permanecen iguales y, así, la refuerzan. No creemos que la secuencia de las etapas de evolución de la libido estén tan estrictamente separadas como lo supone Freud; pero, en especial, no creemos que la regresión a etapas anteriores implique enfermedades más graves. Las pruebas clínicas han demostrado el hecho de que el carácter oral aun en su forma más extrema, tiende a enfermar menos que el carácter anal. La razón parece ser que el carácter oral tiene una relación amistosa y positiva con la vida, aun cuando sea en una forma primitiva y arcaica, en tanto que el carácter anal tiene una relación negativa, y más o menos destructiva hacia la vida.<sup>4</sup> Pero estas diferencias teóricas de ninguna manera obran para disminuir la importancia de los descubrimientos que realizó Freud y que describimos arriba.

El concepto freudiano del carácter se desarrolló mediante la observación clínica de individuos, no de grupos. Más aún: Freud vio la base del desarrollo del carácter individual en otro fenómeno “privado”: la familia individual. No aplicó sus conceptos del carácter a los grupos sociales, sino a las sociedades o clases.

Ello no significa que la teoría de Freud careciera de orientación social. Estaba muy consciente de que la psicología individual rara vez puede descuidar la relación de un individuo con otro y —como escribió en su *Psicología de las masas y Análisis del ego*— de que la “psicología individual desde un principio es, al mismo tiempo, psicología social, en un sentido general pero completamente legítimo”. Fue más lejos aún. Especuló sobre las posibilidades de las neurosis colectivas y concluyó con la afirmación siguiente: “A pesar de estas dificultades, podemos esperar que, algún día, alguien se aventurará en esta

<sup>4</sup> Karl Abraham ya ha señalado la naturaleza amable y optimista del carácter oral.



investigación de la patología de las comunidades civilizadas.”<sup>5, 6</sup> Pero, a pesar de estas especulaciones, Freud nunca pasó del estudio del carácter individual y sus raíces en la familia individual.

El concepto del *carácter social* se basa en la premisa de que no sólo la energía del individuo está estructurada de acuerdo con el concepto del carácter dinámico, de Freud, sino en que grupos sociales, por ejemplo, sociedades o clases dentro de una sociedad dada, tienen una estructura de carácter común a ellas, a la que E. Fromm ha llamado “carácter social”. El concepto del carácter social no se refiere a la estructura de carácter completa o altamente individualizada, de hecho, única, como la que podemos descubrir en un individuo, sino al “molde del carácter”, *un sistema de rasgos de carácter que se desarrolla como adaptación a las condiciones económicas, sociales y culturales comunes a este grupo*. Desde luego, existirán desviaciones en un grupo cuyo carácter sea enteramente distinto del de la mayoría. Pero los rasgos de carácter comunes tienen una importancia tal porque al ser comunes a la mayoría de los miembros, el comportamiento del grupo —acción, pensamiento y sentimientos— estará motivado por el carácter social. Los dirigentes de cualquier grupo dado a menudo serán aquellos cuyo carácter individual sea una manifestación particularmente intensa y completa del carácter social, si no de toda la sociedad, por lo menos de una poderosa clase dentro de ella.

Hay muchos ejemplos en los que sin dificultad puede observarse el carácter social de un grupo. En las sociedades primitivas, por ejemplo, no pocas veces encontramos que todo el grupo comparte el mismo carácter social. En algunos casos, este carácter social es pacífico, amistoso, cooperador y no agresivo. En otros casos, es agresivo, destructivo, sádico y desconfiado.<sup>7</sup> En sociedades más desarrolladas, a menudo vemos que varias clases tienen un diferente carácter social, dependiendo de sus diferentes papeles en la estructura social. En una sociedad feudal, la mayoría tiene un carácter receptivo. Dependen de sus señores, tienden a esperar de ellos la solución de sus problemas, se someten a ellos, etc. Los de las clases dominantes no están libres de estos rasgos porque en el sistema social también ellos dependen de alguien más alto, pero, al mismo tiempo, presentan características del carácter autoritario, y a veces explotador y sádico. Otro ejemplo lo constituye el carácter acumulativo de la clase media del capitalismo del siglo XIX. La clase media fue incitada a ahorrar, economizar, no soltar sus posesiones, ser puntual y ordenada, no sólo en sus negocios, sino también en sus costumbres sexuales.<sup>8</sup> Las

<sup>5</sup> Cf. *Civilization and its Discontents*, de Freud, The Hogarth Press, Ltd., Londres, 1963, p. 152.

<sup>6</sup> En *Psicoanálisis de la sociedad contemporánea*. F.C.E. México, 8a. ed., 1967. E. Fromm se ha aventurado en la investigación propuesta por Freud.

<sup>7</sup> Los indios hopi constituyen un buen ejemplo de lo primero. Los kwakiutl, de lo segundo. Cf. Margaret Mead, Ruth Benedict, Peter Murdock.

<sup>8</sup> Este rasgo de carácter empezó a desarrollarse, en realidad, mucho antes. Se trata del mismo espíritu de la ética puritana y puede encontrarse en las reglas de vida establecidas por Benjamín Franklin. Entre las virtudes que Franklin consideraba más importantes, encontramos, entre otras, la moderación, el amor al orden, la frugalidad, la limpieza, la justicia y la castidad, en tanto que la caridad, el amor y la ternura no son mencionados siquiera. (Vida de Benjamín Franklin.)

clases superiores tenían un carácter social muy diferente. No eran dadas a ahorrar, sino a gastar y divertirse, a menudo eran explotadoras y carecían de restricciones ordenadas en sus negocios y comportamiento personal. Un ejemplo más reciente es el de la baja clase media en Alemania después de la primera Guerra Mundial: el molde del carácter de esta clase puede ser caracterizado como anal, rencoroso y sádico; también puede mostrarse por qué el proceso social condujo a esa formación del carácter. De esta clase reclutó Hitler a sus primeros seguidores, y de ella surgieron también los elementos más brutales y sádicos del movimiento nazi.

Estos pocos ejemplos servirán por el momento para dar una impresión general de lo que entendemos por carácter social, antes de analizar, aunque brevemente, los principales problemas teóricos relacionados con esta cuestión.

¿Cuál es la importancia de comprender el carácter social?

Antes que nada, comprendemos cómo la energía humana entra en el progreso social, no sólo como energía física o energía mental *en general*, sino como energía encauzada en ciertas direcciones, con metas específicas hacia las que avanza intensamente. A menos que comprendamos el carácter social, tendremos que resignarnos a explicar el comportamiento del grupo como resultado de la adaptación a las normas culturales, hábitos, etc. Pero si observamos la conducta del grupo menos superficialmente, comprobaremos que el comportamiento de grupo tiene una cualidad *apasionada*, que los miembros del grupo se comportan de cierta manera, como si estuviesen obligados, que se muestran sumamente renuentes a cambiar de conducta si las circunstancias cambian, y que el carácter apasionado del comportamiento del grupo por sí solo puede explicar por qué los grupos están tan empecinados con sus metas aún mucho después de que estas metas han dejado de ser reales o sensatas.<sup>9</sup> La psicología de la conducta social y la teoría del aprendizaje no alcanzan a explicar estos aspectos de la conducta del grupo.

El concepto del carácter social no sólo explica la intervención de la pasión humana como fuerza motivadora específica en el proceso social, sino que también nos capacita para estudiar la interrelación de los factores socioeconómicos y políticos con los factores psicológicos. El proceso de la formación del carácter social puede inferirse del estudio, por una parte, de varios posibles sistemas de carácter y, por otra parte, de los cambios sociales en interacción con ellos. El proceso de desintegración de una sociedad, por ejemplo, parece conducir al surgimiento de la violencia y destructividad entre los grupos más afectados. Ello está relacionado con el fenómeno de que aun si la sociedad

<sup>9</sup> Como ejemplo, mencionaré el referéndum en Alemania después de la revolución de 1918, cuyo propósito era decidir si las propiedades del Káiser y los antiguos príncipes les habían de ser devueltas. Pese al hecho de que la mayoría de los alemanes en los momentos del referéndum habían perdido la mayor parte de sus propiedades a causa de la inflación, que en parte era resultado de la derrota en la guerra, la mayoría votó por la devolución de las propiedades imperiales a sus antiguos dueños. Los sentimientos acerca del carácter sagrado de la propiedad eran más fuertes que los intereses realistas de una clase social desposeída. Desde luego, los nexos sentimentales de lealtad al sistema monárquico también desempeñaron un papel en el resultado de este referéndum.



en conjunto parece íntegra, una clase ha perdido su función en el proceso progresivo del desarrollo económico y social y tiende a adoptar características sádicas y destructivas. Otro ejemplo para tal estudio es la relación entre la necesidad de acumulación de capital en el capitalismo del siglo XIX y la necesidad de consumo un siglo después. El carácter social de la clase media del siglo XIX se moldeó de acuerdo con la primera necesidad, en tanto que el carácter social del hombre del siglo XX impele a gastar, intercambiar, usar, en lugar de tender a acumular y poseer. (Debe notarse que el estudio del carácter social y su interacción con la estructura socioeconómica va mucho más allá del estudio de "las influencias culturales" sobre la estructura del carácter. Las normas culturales son conceptos conductistas que nos impiden comprender por qué existen. Sólo si estudiamos el sistema "sociedad" y su necesidad de un modo específico de funcionamiento humano a fin de cumplir con su propósito social, podremos llegar a la comprensión de lo que realmente se encuentra detrás de los vagos e imprecisos conceptos de cultura.)

Una última diferencia importante entre la teoría humanista y la original de Freud debe mencionarse, porque es pertinente para la comprensión del concepto del cambio social. Según Freud, tal como lo hemos señalado, la evolución del carácter sigue a las etapas de evolución de la libido, y se supone que esta evolución es inherente a la estructura fisiológica del hombre. Él y los analistas freudianos suponen que la formación del carácter, determinada por las vicisitudes de la libido, es influida principalmente por la relación con el padre y la madre, y se completa más o menos definitivamente en la etapa edípica, alrededor de los seis años. Esta etapa va seguida por un periodo de latencia y más tarde por la pubertad, adolescencia, etc., pero los cambios en el carácter son sumamente raros.<sup>10</sup> Como resultado, se supuso que las experiencias de la niñez no sólo eran básicas para la formación del carácter, sino también fijas e inmutables, por lo menos, si no hay una intervención terapéutica. Evidentemente, esta suposición ha dado origen a que mucha gente crea que todos los acontecimientos decisivos son los de los primeros seis años de la vida del niño, y que nada que ocurra posteriormente puede cambiar, motivar o erradicar la influencia de estos primeros años.

Aunque reconocemos completamente la importancia fundamental de las experiencias de la infancia (las cuales, sin embargo, no operan sobre una estructura psíquica aún no formada, o no existente, sino sobre una estructura de la personalidad que, en aspectos muy importantes, se recibe al nacer), nuestra experiencia nos ha enseñado que ello de ninguna manera excluye cambios posteriores. Es decir, que aunque bajo la influencia de la primera experiencia, aunada a la constitución, el carácter queda formado en los primeros años, normalmente no es tan inflexible que no pueda sufrir cambios en un periodo posterior, y en principio ni siquiera fijaríamos una edad límite a las posibilidades de tales cambios, para bien o para mal. La razón por la cual tan fácilmente pudiera concebirse un carácter totalmente inflexible no nos parece difícil de comprender. El carácter del niño, tal como lo creemos

<sup>10</sup> De acuerdo con este último concepto del análisis del carácter, tales cambios pueden ser provocados por la interpretación psicoanalítica, aunque sólo con gran dificultad.

con Freud, se desarrolla como una adaptación dinámica a la constelación familiar según el principio sociobiológico de la supervivencia. El carácter y la constelación familiar, que en general también representa la constelación social con la que se encuentra el niño después de la edad de seis años, generalmente siguen siendo los mismos, y así se refuerzan mutuamente. Sin embargo, tal como lo hemos señalado, el hombre tiene cierto número de maneras demostrables de asimilarse y relacionarse. Aunque hay cierta secuencia en el desarrollo del niño en relación con estas etapas, no parece ser una secuencia estricta. Al contrario, por los datos clínicos y sociales hemos obtenido la impresión de que el niño, por decirlo así, está experimentando con varias orientaciones del carácter, y de que con el tiempo llegan a ser dominantes las más apropiadas para la adaptación a su medio particular. Empero, esto no significa que las otras sencillamente desaparezcan o estén irremisiblemente perdidas mediante la represión. Naturalmente, cuando las circunstancias no cambian, la orientación de carácter más adaptada permanece y se hace cada vez más firme. Pero cuando las circunstancias sí cambian, y de una manera fundamental, el niño, y después, el adulto, tienen la posibilidad de sacar a la luz estas orientaciones que habían estado latentes, y que resultan más apropiadas para enfrentarse a las nuevas circunstancias. Este proceso de cambio es complicado. El sistema de carácter primeramente escogido rara vez perderá todo su peso, pero puede remplazarse en parte y en parte mezclarse con una nueva estructura de carácter que acaso no sea radicalmente distinta de la original, pero sí lo suficiente para crear un conjunto muy diferente de rasgos caracterológicos motivadores de la conducta. De hecho, de no ser así, no podría ocurrir ningún cambio de carácter mediante la intervención psicoanalítica. Si la estructura de carácter primeramente adoptada parece permanecer dominante en la mayoría de las personas a lo largo de sus vidas, ello no se debe a que sea rígida o incapaz de modificación, sino, antes bien, al hecho de que existen conexiones, que se refuerzan mutuamente, entre carácter y medio ambiente.

Es necesaria una advertencia: la estructura del carácter es un sistema, y como cualquier otro sistema, tiene un gran poder de cohesión, porque cada parte embona con todas las demás partes, y un cambio en una parte hace necesario un cambio en todas las demás. Es ésta la razón por la cual la mera enseñanza tiene poca influencia, o por la cual siguen siendo inefectivos aún los intentos de cambiar un rasgo o un síntoma por la fuerza, es decir, mediante castigo o premio (poco se ha reconocido que las recompensas, básicamente, ejercen una presión, como la sugestión, el "lavado de cerebro", etc., aunque de una manera menos visible y penosa que las amenazas). Un sistema muy pronto absorbe los cambios provocados en un rasgo particular, y el rasgo puede volver, o quedar profundamente reprimido y esperar circunstancias en las que pueda reaparecer.<sup>11</sup> Como en cualquier otro sistema, sólo es posible un cambio sistemático si todo un conjunto de circunstancias cambia de tal manera que influye sobre el sistema en su totalidad, y hace surgir otros sistemas latentes que hasta entonces habían permanecido ocultos. Un ejemplo

<sup>11</sup> Cf. los conceptos de Freud sobre el "regreso de lo reprimido".



puede aclarar este punto: si se castiga a un niño agresivo, o, si en cambio, se le tolera expresar su agresión, la manifestación de su agresión puede cambiar, pero no el carácter agresivo en su totalidad. Mas si un nuevo desarrollo crea un conjunto de nuevas condiciones, como por ejemplo, una combinación de amor incondicional, estímulo, falta de castigo, ocasiones de participación activa y responsabilidad, una situación de solidaridad no en competencia, una objetividad carente de sentimentalismo, que insista en el cumplimiento de ciertos requerimientos de conducta necesarios, etc., esta nueva combinación muy bien puede hacer surgir un sistema de carácter latente, de tal manera que la agresión simplemente se seque. Este concepto de "secamiento" es importante. Cualquier sistema ambiental, o bien nutre ciertos rasgos del carácter, o tiende a secarlos. Ambos son procesos que ocurren lentamente y sólo si se tiene la paciencia de esperar el cambio antes que negarse a creer en su posibilidad cuando no se manifiesta como resultado inmediato de los nuevos elementos que se hayan introducido.

La posibilidad del cambio depende de que todos los elementos del sistema del carácter hayan conservado cierta flexibilidad o, para ser más precisos, cierto poder regenerador. Cuando tal es el caso, puede hablarse de un carácter básicamente sano, aunque acaso presente manifestaciones insanas en una situación dada. Sin embargo, llega a ocurrir que, sea por razones constitucionales, o por razones de la intensidad de tempranas experiencias, ciertas partes del carácter pierden su capacidad de adaptación regeneradora, se osifican, o, por decirlo así, mueren. Si esto ocurre en proporción más que mínima, el sistema psíquico pierde su poder de regeneración y se le puede considerar incapaz de cambio. Un sistema en el que ocurre esto puede considerarse verdaderamente enfermo, y sólo puede decidirse en cada caso si una intervención terapéutica logrará superar esta inflexibilidad y traer a la vida aquellos elementos que parecen congelados.<sup>12</sup> Estas consideraciones, que, en lo relacionado con el desarrollo de los niños son de gran importancia para la crianza y educación infantil, también son de gran importancia para el problema del carácter social.

Si se desarrolla en el proceso de adaptación a una estructura social dada, la energía humana se transforma en esa clase particular de apasionada energía que es necesaria para que funcione la estructura social en su propio marco de referencia. Aunque de esta manera el carácter social es una respuesta a las necesidades de la sociedad, también suele crear instituciones, ideologías y un estilo de vida que satisface las necesidades de un carácter social particular. Al actuar de acuerdo con las necesidades del carácter social, se satisfacen las necesidades psíquicas subjetivas, y al mismo tiempo, el individuo es considerado un hombre bueno y virtuoso porque actúa y siente de la manera aprobada. Adoptar el carácter social como núcleo del propio carácter individual atrae muchas recompensas y, por lo tanto, refuerzos.<sup>13</sup> En tanto que

<sup>12</sup> Cf. el escrito de Freud *Psychoanalysis Terminable or Unterminalable*, en que trata el problema de la dificultad del cambio a pesar de la terapia psicoanalítica.

<sup>13</sup> E. Fromm ha llamado "soziale Prämie" a la suma total de estas ventajas en *Die Psychoanalytische Charakterologie und ihre Bedeutung für die Sozialpsychologie*.

las necesidades de la sociedad estén en armonía con el carácter social, ambos elementos se refuerzan mutuamente y podría decirse que las energías psíquicas contenidas en el carácter social sirven como "pegamento" de la sociedad.<sup>14</sup> Pero, como el proceso social no es estático, se desarrollan nuevas condiciones económicas y sociales que entran en conflicto con el tradicional carácter social. El resultado de tales conflictos puede ser muy diverso. Los nuevos requerimientos sociales pueden llevar al poder a una minoría cuyo carácter se haya desviado del carácter social de la mayoría y esté mejor equipado para las nuevas circunstancias, o bien el cambio es gradual. En este caso, el tradicional carácter social cambia paulatinamente bajo la influencia de las nuevas demandas, especialmente bajo la dirección de gente en quien los nuevos requerimientos ya se han absorbido en la nueva forma de estructura del carácter. Con frecuencia, ciertos grupos en los cuales el tradicional carácter social es tan fuerte e inalterable que no pueden adaptarse a las nuevas condiciones, combaten violentamente todo cambio, y en tal caso, las pasiones inherentes al tradicional carácter social desempeñan la función de dinamita, antes que la de pegamento.

La relación entre el carácter social y la estructura social nunca es estática. Por un tiempo acaso sea un elemento de estabilidad, pero, en conjunto, hay un constante proceso de adaptación y conflicto que se desarrolla entre el carácter social y la estructura social. Este proceso sólo puede ser estudiado en detalle y aplicado a estructuras sociales específicas.

El conocimiento del carácter social también nos capacita para comprender mejor la dinámica social, y hasta cierto punto, para predecir el comportamiento social. Si sabemos cuáles pasiones caracterológicas son las que actúan y en qué dirección probablemente cambien, sobre la base de los cambios sociales visibles, podremos predecir la dirección que tomarán, aun cuando la gente todavía no esté consciente de la tendencia del cambio. Diremos más al respecto cuando analicemos el cuestionario interpretativo que se empleó en este estudio.

Aunque la descripción de los conceptos de carácter propuestos por la teoría del psicoanálisis humanista se hará en un capítulo posterior, en este punto acaso sea conveniente describir las principales diferencias entre los conceptos freudianos del carácter y los que nosotros hemos aplicado en este estudio.

Antes que nada, debemos dejar sentado que la descripción clínica del carácter oral receptivo, el oral explotador y el anal nos parece esencialmente correcta y confirmada por la experiencia en análisis de individuos, así como en la investigación analítica de la estructura de carácter de grupos. La diferencia no está en la descripción del síndrome del carácter, sino en su explicación teórica, que tiene algunas importantes consecuencias sobre la aplicación de los síndromes de carácter de individuos —como Freud los descubrió— al carácter social. Como ya se dijo, los conceptos teóricos básicos de Freud concernían a las vicisitudes del desarrollo de la libido, tal como las delineó en su teoría. Las etapas del desarrollo del carácter que él fijó siguen a las

<sup>14</sup> *Ibid.*



etapas del desarrollo de la libido, en el sentido de que su secuencia es la misma, y, además, de que la energía con la cual está cargado el síndrome del carácter se deriva de la energía sexual vertida en las zonas erógenas pregenitales. En un sentido muy amplio, puede llamarse a ésta una orientación biológica, pero fue un grave equívoco yuxtaponer el enfoque teórico del concepto humanista, como si fuera sociológico y cultural, en contraste con el político. De hecho, el enfoque de Freud puede llamarse fisiológico mecanicista, en tanto que los conceptos empleados aquí acaso pudieran llamarse correctamente sociobiológicos. La pregunta formulada por Freud fue: ¿cómo puede aliviarse la tensión que brota de las zonas erógenas, actuando de acuerdo con rasgos caracterológicos que son sublimaciones o formaciones reactivas de la libido receptiva, pregenital? Si consideramos al hombre como una entidad biológica que, por su constitución, se ve forzado a vivir en grupo, nuestro análisis se iniciará con la pregunta: ¿cómo ha de moldearse su energía a fin de servir a su subsistencia en el grupo, independientemente de su estructura específica? Más aún, ¿cómo puede el grupo valerse de la energía humana para funcionar en las condiciones específicas de su estructura? En resumen, consideraremos ante todo la necesidad de supervivencia de un ser dotado con ciertas necesidades fisiológicas, con escaso o ningún equipo instintivo, con un nuevo cerebro altamente desarrollado, y obligado a vivir en grupos. La primera respuesta a esta pregunta es, entonces, que el hombre, en términos sociobiológicos, tiene que llenar dos funciones a fin de subsistir: en primer lugar, atender a sus necesidades materiales (alimento, abrigo, etc.) y en seguida a las necesidades de supervivencia del grupo, en relación con la procreación y protección de los pequeños. Esto ha sido llamado por Fromm "el proceso de asimilación"; en su caracterología ha señalado que sólo hay ciertas maneras específicas en las cuales el hombre puede asimilar cosas de la naturaleza para su propio uso; ya sea recibéndolas pasivamente (carácter receptivo), o tomándolas por la fuerza (carácter explotador), o atesorando todo lo que tenga (carácter acumulativo), o produciendo mediante su trabajo aquello que necesita (carácter productivo).<sup>15</sup> Sea como fuese, al estar dotado el hombre de una consciencia de sí mismo, es decir, de una necesidad de escoger, de planear y prever peligros y dificultades, y estando desarraigado de su hogar original, por la ausencia de una determinación instintiva, no podría permanecer sano aun cuando atendiera a todas sus necesidades materiales, si no estableciese alguna forma de relación con otros, que le da la sensación de pertenecer a algo y le salva de la experiencia de un estado de completa separación que es característico de los enfermos mentales graves (esta necesidad de relacionarse también es una necesidad social, porque no puede existir ninguna organización social a menos que sus miembros tengan algún sentimiento de relación entre sí). En otras palabras, el hombre, hasta el punto en que es un animal, se ve impelido a

<sup>15</sup> El carácter mercantilista que obtiene las cosas fundamentalmente mediante su intercambio en el mercado es una construcción que va más allá de las orientaciones de carácter freudianas y sólo se le encuentra en las formas más desarrolladas del capitalismo. Ante el hecho de que casi no tiene importancia para la población de nuestra aldea, y ante los muchos problemas teóricos que ofrece, dejaremos de lado este examen.

evitar la muerte, en tanto que el hombre, como hombre, se ve impelido a evitar la locura. Esto lo hace relacionándose de varias formas, las que en nuestro sistema caracterológico han sido incluidas en la categoría de socialización. El hombre puede relacionarse con otros de una manera simbiótica (sádica o masoquista), destructiva, narcisista, y de una manera amistosa y amorosa.<sup>16</sup> Existen afinidades entre ciertas estructuras de carácter que se refieren a la socialización, y que más tarde analizaremos en el texto. Surge la pregunta: ¿qué concepto de la energía empleamos aquí, ya que no empleamos el de la energía sexual, es decir, la libido? La respuesta es que nuestro concepto de la energía es aquel de la total energía que puede encontrarse en el organismo viviente, y específicamente en el organismo humano, y que sirve a los propósitos de supervivencia, fisiológica y mental.<sup>17</sup> Debe añadirse que, de acuerdo con nuestro concepto, las maneras según las cuales puede el hombre organizar su energía, están limitadas, tanto en el proceso de asimilación como en el de socialización. En los análisis de individuos y de grupos hemos encontrado toda clase de mezclas entre estas varias formas de estructuras del carácter, pero no hemos encontrado ninguna otra estructura de carácter (con excepción de la mercantilista) según la cual el hombre asimila cosas o se relaciona con el hombre.

Naturalmente, el pensamiento del psicoanálisis humanista estuvo tan fundamentalmente influido por los descubrimientos clínicos freudianos que puede decirse que no se buscaron otras posibilidades de asimilar y relacionar que no fueran las correspondientes al cuadro clínico dado por Freud. Sin embargo, como Fromm (el autor de mayor edad) ha pasado 40 años analizando individuos y estructuras sociales, y en la mayor parte de este periodo se desvió de Freud en muchos puntos importantes, muy probablemente los conceptos de los que se vale no serán resultado de la necesidad de estar de acuerdo con Freud, sino por el contrario, del estudio de las sociedades, y parecerán, antes bien, confirmar el esencial acierto de los originales hallazgos de Freud, aunque estén en desacuerdo con su conceptualización teórica.

¿Por qué es satisfactorio actuar de acuerdo con la propia estructura de carácter? Según Freud, la respuesta es sencilla: la razón de esta satisfacción es esencialmente la misma de todas las otras satisfacciones libidinosas. Según la orientación sociobiológica del psicoanálisis humanista, la respuesta es un tanto más compleja. Es satisfactorio, antes que nada, porque capacita al hombre a subsistir y a permanecer sano. En segundo lugar, porque, como ya se observó, la respuesta del hombre a las cosas y las personas es semiautomática, está sistemáticamente unificada, y lo protege de la tortura de tener que tomar una difícil decisión a cada momento. En tercer lugar, porque en

<sup>16</sup> Las maneras destructivas y narcisistas de relacionarse, en realidad, son formas negativas de relación, pero sólo un examen extenso, para el cual no tenemos espacio aquí, podría mostrar por qué estas formas negativas de relacionarse son intentos de resolver el problema de la socialización, aunque son maneras necesariamente condenadas al fracaso.

<sup>17</sup> Este generalizado concepto de la libido, formalmente hablando, es el mismo concepto de la libido usado por Jung, pero es sustancialmente diferente porque está basado en el concepto sociobiológico de la supervivencia.



el proceso de expresar sus energías en relación con el mundo (cosas y personas), experimenta una cercanía, si no una unión con el mundo exterior que, sin tal relación dinámica, produciría una sensación de extravío y confusión. Podemos dar otro paso más: sólo mediante sus rasgos de carácter puede liberar sus energías, y si sus energías no se expresan y quedan ahogadas, ello probablemente producirá serias perturbaciones en el funcionamiento del sistema hombre.<sup>18</sup>

Para concluir estas observaciones generales sobre la diferencia entre el concepto clásico y el humanista del carácter, sólo deseamos ofrecer un ejemplo concreto, que la detallará. Hemos escogido el del carácter anal porque ya analizamos el concepto freudiano de él, sobre cuya teoría está basado el presente estudio. Al hablar del síndrome orden, parsimonia y terquedad, no se presupuso que estas tres cosas estuvieran basadas en una común libido erótica anal, sino se las consideró como una adaptación y reacción a cierta situación social que mediante el carácter de los padres y los hábitos de crianza del niño le transmiten. La experiencia básica yacente bajo este síndrome es que el mundo de cosas y gente, exteriores al ego, son hostiles y amenazadoras, y la manera de subsistir en estas condiciones es edificar el propio ego como una fortaleza que debe conservar todo lo que tiene, dentro de ella, y no permitir que nada salga afuera. Esto explica la frugalidad. El orden irracional está basado en la misma actitud hostil y desconfiada hacia el mundo. El carácter acumulativo anal, que considera amenazadoras las cosas del exterior, se preocupa por mantenerlo todo en orden, de modo que esté bajo su control, y no sienta la amenaza de su intrusión. No puede tolerar un mundo desordenado, que de pronto pudiese invadir su fortaleza, y su orden, más o menos obsesivo, pone las cosas en su lugar y las coloca a una adecuada distancia de su propio sistema fortificado. (La limpieza irracional tiene la misma función.) Todo lo exterior es amenazante, ya sea polvo, suciedad o, para la gente contemporánea, bacilos. La fortaleza ego debe conservarse intacta ante tales peligros del exterior. La terquedad expresa la misma actitud ante la gente que los rasgos anteriores expresan ante las cosas. Se considera que la otra persona es un intruso potencial. Se le debe mantener a distancia, y la reacción esencial ante ella es negativa. (La puntualidad tiene la misma función del orden y la limpieza, aplicados al tiempo. Al ser arquipuntual, el hombre gobierna el mundo y se protege contra sorpresas.) Fundamentalmente, esta actitud desconfiada, hostil y autosuficiente hacia el exterior se crea en las estructuras sociales en las que este tipo de actitud corresponde a la realidad social y se adapta más a su buen gobierno. En caso de exageraciones patológicas, como algunos tipos de neurosis obsesivas, la función sociopsicológica se ha perdido, y en lugar de una útil adaptación encontramos un inútil e ingobernable crecimiento del síndrome acumulativo. Tal distorsión patológica puede existir en individuos, donde claramente se la reconoce como tal, pero también puede existir en grupos cuya situación socio-

<sup>18</sup> Mucho más podría decirse acerca de este problema, pero el espacio no lo permite. Será analizado por E. Fromm en su próxima obra sistemática sobre el psicoanálisis humanista.

económica es patológica y sólo permite una distorsión al nivel del carácter social.<sup>19</sup>

Hasta ahora hemos expuesto uno de los intereses de emprender este estudio: el que tenemos en el carácter social del campesino mexicano.<sup>20</sup> El segundo interés que motivó este estudio consistió en encontrar un método que permitiera la aplicación de categorías analíticas sociopsicológicas a la investigación social, antes que un análisis individual o de grupo de los miembros de una comunidad. La última posibilidad necesariamente se excluye a sí misma no sólo en México, sino prácticamente dondequiera, en parte porque requeriría una cantidad de tiempo para el que no se puede disponer de personal y medios, y en parte porque sólo una sección —acaso pequeña— de la población se mostraría dispuesta a someterse a tal procedimiento. La investigación social, por lo tanto, siempre ha tenido que restringirse a los métodos que sólo aportan datos de conducta (se han hecho algunos intentos de analizar las tendencias inconscientes examinando al grupo social en conjunto, sobre la base de la observación personal o el estudio de los informes existentes sobre la vida y comportamiento de los grupos).<sup>21</sup> Pero no existía un método para llevar a cabo una entrevista que, en sí misma, pudiera aportar datos psicológicos profundos. La primera vez que se aplicó tal método fue en un estudio emprendido por el Instituto de Investigación Social de la Universidad de Frankfurt (bajo la dirección del profesor Max Horkheimer) iniciado en 1931.<sup>22</sup> Una breve descripción del método empleado en ese primer estudio

<sup>19</sup> El concepto del carácter social originalmente fue desarrollado por E. Fromm, aunque no se valió de las palabras "carácter social". Empleó las palabras "molde de carácter común a todos los miembros del grupo" en *Die Entwicklung des Christendogmas, Imago*, tomo 16, 3.4.1930. Y en *Über Methode und Aufgabe einer analytischen Sozialpsychologie, Zeitschrift für Sozialforschung*, tomo 1, 1932, Hirschfeld Verlag, Leipzig, pp. 28-54, empleó el término "estructura libidinosa de una sociedad". *Die Psychoanalytische Charakterologie und ihre Bedeutung für die Sozialpsychologie, ibid.*, pp. 253-277. En *Escape from Freedom*, Holt, Rinehart & Winston, Inc., Nueva York, 1941, se empleó el concepto "carácter social" en lugar de los anteriores términos que acabamos de mencionar. Cf. especialmente en el Apéndice, "Character and the Social Process", y en cierto número de escritos posteriores. A. Kardiner ha descrito el mismo fenómeno en términos descriptivos, más que en los de la función sociobiológica del carácter social, en el concepto de la personalidad básica.

<sup>20</sup> Hasta qué punto la población que estudiamos es representativa del campesino mexicano en general, o por lo menos del campesino mexicano que vive en las regiones subtropicales de México a alturas de más de 1500 metros, es algo que será analizado posteriormente.

<sup>21</sup> Cf. por ejemplo, los estudios antropológicos de A. Kardiner, y los estudios del carácter nacional de G. Gorer.

<sup>22</sup> Un informe preliminar a este estudio se encuentra en *Studien über Autorität und Familie* (Estudios sobre la autoridad y la familia), Felix Alcan, París, 1936. La victoria de Hitler obligó a los principales colaboradores de estos estudios a huir de Alemania, y pasó bastante tiempo antes de que el análisis del estudio pudiera terminarse en la división del Instituto de Investigación Social en Ginebra y, después, en la Universidad de Columbia. El estudio fue planeado y dirigido por E. Fromm, en colaboración con Ernest Schachtel, Anna Hartoch y el asesoramiento de Paul Lazarsfeld en todos los asuntos de problemas estadísticos. Lamentablemente, los resultados finales del estudio nunca fueron publicados, aunque sí algunos resultados preliminares en el volumen sobre autoridad y familia.



explicará los elementos básicos del método que se ha seguido en el estudio de la aldea mexicana.

La razón inmediata del estudio fue el interés por conocer cuántos de los obreros y empleados alemanes que en 1931 virtualmente sin excepción estaban contra Hitler, en caso del triunfo de éste se convertirían en ardientes luchadores contra el sistema nazi, o se convertirían en nazis ellos mismos, o permanecerían al margen, ni ardientes nazis ni ardientes antinazis. En teoría, supusimos que las *opiniones* mantenidas en un momento dado no son muy de fiar si las circunstancias cambian radicalmente. Una opinión en sí misma no es nada sino la aceptación de un patrón de pensamiento que comparte la sociedad en general o un grupo en particular, como, en nuestro caso, los obreros y empleados alemanes. Se hizo la suposición de que sólo constituyen poderosas motivaciones para la acción aquellas opiniones enraizadas en la estructura de carácter de una persona; si son, como podría decirse, *gut opinions*. En el caso de una opinión enraizada en la estructura de carácter, podría hablarse de una *convicción*, más que de una opinión. En realidad, las convicciones profundamente arraigadas son poderosísimas motivaciones para la acción una vez que han surgido las posibilidades de tal acción. (Esto puede aplicarse a cualquier clase de convicción, sea racional o irracional, buena o mala, equivocada o acertada, etc.) De esta suposición general se sigue que sólo alguien con conocimientos de la estructura de carácter de los obreros y empleados alemanes podría predecir su probable acción en el caso de la victoria nazi. Nuestro principal interés no se enfocaba en el carácter social en su sentido más amplio, sino en un aspecto de la mayor importancia en relación con el problema nazi: el carácter autoritario en contra de lo que podría llamarse carácter revolucionario, o democrático, o antiautoritario. Así, pues, nuestro problema era encontrar un método que permitiera aplicar entrevistas y su elaboración estadística, al concepto dinámico del carácter autoritario.<sup>23</sup> El estudio se emprendió sobre la base de una analogía entre una entrevista psicoanalítica social y una personal. Cuando un psicoanalista interroga a una persona, aun antes de empezar con el método de libre asociación e interpretación de los sueños, está deseoso de conocer el significado inconsciente de ciertas frases y aseveraciones, significado que el paciente no pretendió expresar, y de cuya expresión no tiene consciencia. La entrevista psicoanalítica ofrece muchos ejemplos de este procedimiento. Si un hombre afirma en la primera entrevista un número excesivo de veces cuánto ama a su mujer, pero después habla de cuáles serían sus planes en el infortunado caso de la muerte de su esposa, apenas se necesitará ser psicoanalista para reconocer que protesta demasiado, y que las repetidas afirmaciones de su amor sólo cubren una hostilidad más profundamente arraigada, o deseos de muerte. Creímos que el mismo método podría seguirse en una entrevista con un extenso número de preguntas pertinentes contenidas en un cuestionario. Técnicamente, desde luego, esto exigía que las preguntas no recibieran respuestas de “sí” o “no”, ni la verificación de cierto número de respuestas preformuladas de “mucho”,

<sup>23</sup> Cf. el concepto del carácter revolucionario en *The Dogma of Christ*, de E. Fromm, Holt, Rinehart & Winston, Nueva York, 1963.

“un tanto”, etc., sino que la respuesta original, espontánea del interrogado fuese anotada inmediatamente por el interrogador. El interés del estudio, como se colige de lo que hasta ahora se ha dicho, no era el análisis estadístico, mecánico, de preguntas sueltas, sino llegar, por medio de la totalidad de las respuestas de un cuestionario, a la estructura del carácter de un entrevistado y luego comparar entre sí las estructuras encontradas en cada cuestionario tomando en cuenta muchos otros datos objetivos estadísticos, tales como edad, ingresos, etc. Este método fue llamado “estadística estructural” (*Strukturstatistik*).<sup>24</sup>

Es importante añadir que el concepto de la estructura sólo puede formarse dentro de un marco de referencia teórico, en este caso el del concepto del carácter social y autoritario en oposición a la estructura del carácter anti-autoritario. La diferencia entre este tipo de cuestionario, que puede llamarse “cuestionario interpretativo” y el convencional, no es fundamentalmente la distinción que se hace entre el cuestionario abierto y el preformulado, sino el diferente uso que se da a las respuestas. En el cuestionario convencional, las respuestas se consideran como materia prima, y la labor consiste en analizarlas estadísticamente, sea simplemente por la frecuencia de cada respuesta suelta o, de una manera más complicada, por análisis de factores, que muestra grupos de respuestas halladas juntas con significativa frecuencia. El principal esfuerzo consiste en la elección de una muestra adecuada de preguntas pertinentes y la más fructífera elaboración estadística. Todos estos pasos también deben darse en el cuestionario interpretativo, pero parecen relativamente sencillos en comparación con ese elemento que el cuestionario interpretativo no comparte con el convencional; se trata de la interpretación de las respuestas por lo que toca al significado inconsciente o no intencional. Esta teoría de la interpretación, como cualquier otra interpretación psicoanalítica, es difícil. Requiere conocimiento de la teoría y terapia psicoanalítica (incluso la experiencia del propio análisis personal), una no escasa experiencia y, como cualquier otra cosa, habilidad y talento. La interpretación psicoanalítica —de asociaciones y sueños, así como de las respuestas a un cuestionario— es un arte como la práctica de la medicina, en la cual ciertos principios teóricos se aplican a datos empíricos.

Por lo tanto, el factor más importante para asegurar lo correcto de la interpretación, y por ende, del resultado de toda la investigación que se basa en los datos interpretativos, depende de las calificaciones del intérprete. Se halla en la misma posición en que está el psicoanalista en su trabajo terapéutico: puede demostrar la validez de su interpretación sólo a otra persona que tenga la misma experiencia y conocimientos en su campo. Para aquellos psicólogos —que forman la mayoría— que consideran como su material básico los datos de conducta visibles, la interpretación psicoanalítica parece sumamente subjetiva, si no anticientífica. Objetan el factor “subjetivo” de la interpretación, que hace imposible asegurar lo correcto de la interpretación. Desde el punto de vista de este un tanto anticuado concepto de la ciencia, tales objeciones están bien fundadas. Desde el punto de vista de un concepto

<sup>24</sup> *Studien über Autorität und Familie*, I.c., p. 235.



contemporáneo de la ciencia, como el de la física teórica, la biología y la astronomía, los mismos datos científicos son construcciones sumamente teóricas, y la prueba ha cedido el paso a la probabilidad o aun la "elegancia" de una hipótesis. Pero ni aun un campo muy tradicional, como la medicina, está a la altura de los requerimientos científicos de muchos científicos conductistas. Véase la interpretación de una radiografía. En el caso de una radiografía típica, aun la mayoría de los principiantes podrá dar la misma interpretación; en cambio, en un cuadro atípico aun los más experimentados especialistas podrán no ponerse de acuerdo entre ellos. Sólo el curso ulterior de la enfermedad, o la cirugía, puede decidir cuál era la interpretación atinada. Pero cuando se ha hecho la interpretación y ella sirve como base al tratamiento posterior, se confía la vida del paciente a la interpretación del médico más docto, suponiendo que es la correcta. Sin embargo, no podemos probar lo correcto de su interpretación de una manera que pudiese convencer a todos los demás, y menos aún a médicos menos preparados y con menos talento que él.

El caso de la interpretación psicoanalítica no es diferente; también aquí, un futuro desarrollo puede "probar" lo correcto de la interpretación; más aún, como en muchos otros campos de la ciencia, la coherencia interna de la interpretación con muchos otros datos y con suposiciones teóricas tiende a confirmar la probabilidad de lo acertado de la interpretación. De hecho, cierto margen de incertidumbre es el precio que el investigador psicoanalítico paga por el intento de llegar a una más profunda comprensión de los datos más importantes. El científico conductista tradicional tiene más a menudo una mayor certidumbre, pero paga el precio de tener que dedicar sus energías a muchos problemas que no ofrecen un conocimiento mayor de los asuntos clave.<sup>25</sup>

Aunque no todas las preguntas del estudio alemán resultaron fructíferas para la investigación analítica, muchas sí lo fueron y, lo que es más importante, pudo verse cierto patrón o estructura a lo largo de todo el cuestionario, y a menudo pudieron adivinarse las respuestas a la segunda mitad de las preguntas después de haber analizado la primera mitad. Para dar un ejemplo muy sencillo de la aplicación del método interpretativo, puede mencionarse el siguiente: a la pregunta, "¿qué personajes de la historia admira usted más?", algunos respondieron "Alejandro Magno, Nerón, Marx y Lenin", en tanto que otros contestaron "Sócrates, Pasteur, Kant, Marx y Lenin". De acuerdo con el método interpretativo, Marx y Lenin tenían un significado absolutamente distinto en cada una de estas dos respuestas. En la primera, eran representantes del poder y/o la fuerza militar. En la segunda, benefactores de la especie humana. Esto significa que el primer entrevistado admiraba a los poderosos líderes totalitarios, y el segundo a los humanistas que apoyaban los intereses de la especie humana. Completamente aparte de la validez ob-

jetiva de su juicio, subjetivamente, el primer entrevistado puede clasificarse como un autoritario, y el segundo como un antiautoritario. Otro ejemplo del método interpretativo es el siguiente: a la pregunta, "¿qué piensa usted de que las mujeres se pongan maquillaje?" (era éste un asunto muy controvertido entre los obreros alemanes, muchos de los cuales lo calificaban de hábito burgués), si alguien contestaba "estoy en favor de él, porque hace a las mujeres sentirse más femeninas y atractivas, y, así, las hace más felices", se interpretó esta respuesta como indicadora de un carácter no-autoritario, porque revelaba el amor del entrevistado a la vida, y una actitud no autoritaria hacia las mujeres. Si alguien respondía: "estoy en contra, porque es un hábito burgués", la respuesta era clasificada de no-concluyente, y no se la interpretaba porque reflejaba una norma de pensamiento y revelaba poco del carácter del entrevistado. Si la respuesta era: "estoy en contra, porque hace que las mujeres parezcan putas", o "porque el maquillaje es un veneno", se interpretaba como reveladora de un rasgo de carácter autoritario-sádico. La razón de esta interpretación es que la pregunta, como tal, normalmente no provocaría palabras destructivas-hostiles como "puta" o "veneno", excepto en otras estructuras de carácter. Una sola respuesta no era considerada de peso suficiente para interpretar la estructura de carácter de un entrevistado como un autoritario o un no-autoritario, respectivamente; pero cuando cierto número de respuestas tenían la misma cualidad, en tanto que ninguna otra mostraba lo contrario, el carácter del entrevistado se clasificaba como autoritario o no-autoritario. Cuando existía una clara contradicción entre las dos tendencias en un cuestionario, el entrevistado era clasificado como carácter ambivalente.

La dificultad obvia del método interpretativo consiste en que muchas respuestas pueden corresponder a las normas culturales del pensamiento de alguna sociedad o clase social dada. Por lo tanto, muchas respuestas no expresan ninguna característica individual del interrogado, sino la ideología de su grupo, la cual ha aceptado. ¿Cómo podemos, entonces, diferenciar lo que es ideología de lo que es individual y significativo? Ciertamente, a menudo no es fácil distinguirlo, y se cometen errores, aunque si se tiene un buen número de preguntas, un solo error por lo general no es de grandes consecuencias. Pero, en principio, la dificultad no es diferente de la que se encuentra en la entrevista psicoanalítica personal. También en ella, el paciente suele estar lleno de ideologías, y muchos de ellos creen que se trata de sus propias ideas. Habitualmente, la ideología depende de la subcultura en la que vive el individuo. En una subcultura conservadora, ama a su padre, madre, Dios, Patria, más que a nada en la vida. En una subcultura extremadamente liberal o radical, remplazará estas respuestas por amor a la humanidad, a los oprimidos, a la revolución, etc. ¿Cómo sabemos lo que es genuino y auténtico y lo que no es sino una frase tomada de alguna ideología? Antes que nada, conociendo la ideología y los clisés corrientes en el grupo. Pero más importante que esto es el principio, tan exitosamente empleado en el psicoanálisis, de que nuestro conocimiento de la motivación inconsciente de una persona no lo obtenemos, primariamente, de su uso de términos generales o aun abstractos, sino de los muy pequeños detalles de su

<sup>25</sup> El recurso de asegurar la validez de una respuesta mediante un acuerdo entre varios observadores no ofrece solución alguna. Una interpretación no es más atinada porque 10 personas cometan el mismo error que cuando el investigador más calificado permanece en la minoría. Acerca de esto se dirá más en el texto.



experiencia y sus formulaciones, o de las contradicciones, para él inconscientes, entre varias afirmaciones, o de la involuntaria vehemencia de uno u otro sentimiento. Es el pequeño detalle en la conducta y la expresión el que es importante para la investigación psicoanalítica; no el que está incluido en afirmaciones generales de opiniones y creencias. El método usado en el cuestionario interpretativo permite obtener conocimientos de estos pequeños detalles, que forman la base principal de la interpretación.

Los resultados de la aplicación del cuestionario interpretativo en el estudio alemán fueron muy alentadores. Un cuadro bastante claro se obtuvo de los autoritarios, los antiautoritarios y los caracteres ambivalentes, que tenían coherencia consigo mismos; al terminarse la elaboración estadística final, resultó que concordaba de una manera general con los acontecimientos ocurridos durante el periodo nazi. En términos generales, cerca del 15% de los interrogados mostró un carácter marcadamente antiautoritario, cerca del 10% un carácter autoritario y cerca del 75% un carácter ambivalente. La suposición teórica original fue así corroborada por los hechos, aunque no necesariamente de acuerdo con estas cifras exactas. La gran mayoría de los obreros alemanes no se convirtieron en ardientes luchadores contra el nazismo, ni en ardientes partidarios de los ideales nazis. (Aun las últimas elecciones de representantes sindicales celebradas en Alemania bajo Hitler mostraron que sólo una minoría de la gente votaba por los representantes nazis de gremios, a pesar del terror y la intimidación, por lo que Hitler suspendió estas elecciones.) Entre los obreros y empleados alemanes hubo una minoría que se hizo nazi. Probablemente constituía menos del 10%. Hubo una minoría de obreros empeñados en la lucha clandestina contra Hitler, o, si no activamente dedicados, por lo menos clara y fuertemente opuestos al sistema de Hitler; los campos de concentración hitlerianos se llenaron con ellos. Tampoco aquí tenemos estadísticas que nos digan exactamente si constituían cerca del 15%, pero creemos que la mayoría de los observadores de la escena alemana bajo Hitler convienen en que la división entre los tres tipos de caracteres, aunque no necesariamente con exactitud, corresponde en una proporción considerable a la encontrada en nuestros resultados.<sup>26</sup>

Este volumen constituye un intento por aplicar el método del cuestionario interpretativo a la estructura de carácter de los campesinos mexicanos en forma más amplia y con métodos más refinados, acerca de los cuales tratarán los capítulos.

<sup>26</sup> El tema del carácter autoritario fue tratado posteriormente con métodos más refinados a los usados en el estudio original, en la obra de T. W. Adorno *et al.*, *The Authoritarian Personality*, Harper & Row, Nueva York, 1950.

## EL COMPLEJO DE EDIPO: CONSIDERACIONES SOBRE EL DESARROLLO DEL EGO Y LA INTERACCIÓN PARENTAL \*

David Schecter

EL OBJETIVO de este artículo es examinar dos aspectos en la aparición y resolución de la fase edípica del desarrollo humano: 1) la contribución del desarrollo del ego (cognoscitivo-afectivo) del niño; 2) la naturaleza de la respuesta parental y familiar, y su influencia transaccional o "retroactiva" sobre este desarrollo.

El complejo de Edipo puede considerarse como una realización psicológica individual que requiere condiciones previas específicas relativas al desarrollo del ego, las cuales dependen de un adecuado crecimiento e integración del conocimiento, el afecto y las relaciones interpersonales. Aunque pueda considerarse una realización, el complejo de Edipo representa una constelación de fuerzas que es dolorosa y conflictiva, por lo que requiere determinación. En este artículo sólo podremos rozar algunas variedades de esa constelación.

Al tratar de definir el término "complejo de Edipo" no encuentro una expresión más clara de la dificultad que ello implica, que ésta de Erikson [5]:

Este término, desde luego, ha complicado las cosas en cuanto compara lo que hay que elucidar en la niñez con la interpretación de la historia del Rey Edipo. De este modo, el nombre establece una analogía entre dos incógnitas. La idea es que Edipo, que inadvertidamente mató a su padre y se casó con su madre, se convirtió en un héroe mítico que en el escenario provoca intensa piedad y terror porque poseer a la propia madre es un deseo universal, universalmente declarado tabú.

El psicoanálisis verifica, en la labor diaria, la sencilla conclusión de que los niños vuelven su primera afición genital hacia los adultos maternales que por otra parte han dado afecto a sus cuerpos y desarrollado su primera rivalidad sexual contra los poseedores genitales de estas personas maternales. El concluir, como lo hizo Diderot, que, si el niño tuviese la fuerza de un hombre, violaría a su madre y asesinaría a su padre, es algo sin sentido. Porque si tuviera esa fuerza ya no sería un niño y no tendría necesidad de permanecer con sus padres; y en ese caso podría simplemente preferir otros objetos sexuales. En su situación, la genitalidad infantil se vincula con los protectores y los ideales de la niñez y sufre las complicaciones internas que de ello derivan (pp. 82-83).

\* Versión ampliada de una charla ("El complejo de Edipo revisado") pronunciada ante la Sociedad Psicoanalítica William Alanson White, 1965.

